

La Mujer De En Medio

ARTURO ARIAS

San Francisco State University, EE. UU.

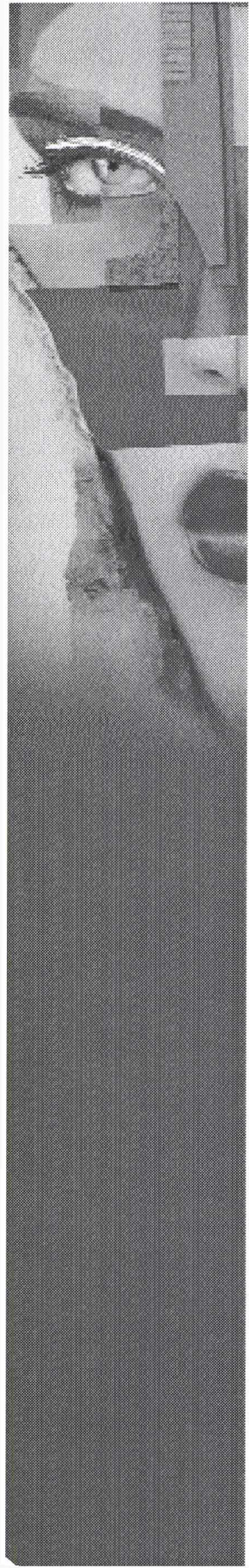
Era lento el descenso, lenta la llegada a la milpa. Pasaban de un lado a otro, de un lado a otro del atajo. No se detenían. Iban de prisita, siempre de un lado al otro. Para no sentir el peso de la carga que aumentaba constantemente. La carga que cargaban a sus espaldas, y la otra. La que las quemaba por dentro como si respiraran gas incandescente. La que veían, siguiendo la banda irregular de sombra que los árboles proyectaban sobre la hierba seca. Las tres miedosísimas, y con unos cuantos niños a cuestas. Feliciano se sentía como loca. Descalza, pero para ella sus pies ya no existían. Y la cara hinchada de no poder llorar, dios mío, de no poder llorar. Casi corriendo cuesta abajo.

Tiros. Allí se escuchaban muy próximos, como si subieran del barranco entre los árboles tibios. El silencio que les seguía estremecía el follaje. El viento agitaba las ramitas pequeñas y las hojas. Su corazón era un pájaro ensangrentado que caía sobre la hierba. Aún no sentía el olor a pólvora, pero ya escuchaba otra ráfaga, desvaneciéndose tan rápido como una bandada de sanates. Se pasó la mano por la cara, como para sentir la carrasposa corteza de sus arrugas prematuras. De pronto, las nubes se dispersaron huidizas. Fiesta se le hizo el sol que la inundó.

Levantó un tanto la mano, vació el gesto, mientras Manuela se le perdía a la vuelta del recodo. No oía. No podía oír a Magdalena, acostada en la orilla más honda de la lodosa salida del pueblo. Se sintió como si tuviera una aureola de arco-iris, como si estuviera dentro de una aureola. Con los ojos de susto buscó el río, visible en el extremo sur de la siguiente vuelta del atajo. Lo buscó sólo para sentir que por lo menos algo quedaba todavía en su lugar. Una sola cosa. En efecto, el río todavía estaba allí, esquelético, silencioso, sin gente, en medio del abandono total del corazón del cielo.

El sol volvió a desaparecer. En su boca masticaba el polvo acibarado que ráfagas apenas perceptibles habían acumulado allí, y en las artríticas ramas negras de los pinos. Miró hacia arriba. Las nubes parecían perros negros, gigantescos, que con sus cuatro insaciables colmillos encelados cubrían todo aquel paraje y se dispersaban en el horizonte buscando presas innumbrables e ilimitadas que no fueran muy difíciles de masticar. El viento húmedo y terroso estaba como vaho de perro, con ese olor tibio de las carcajadas de bolo. Los cazadores se acercaban. Aceleró el paso. Los colores chillantes, las texturas del corte se agitaron como alas de pez de un lago profundo que suspira inquieto. Sentía el sudor escurrirse del pelo engreñado. Pero no se lo secó. Dejó que le humedeciera la piel, como si su lento y salado correr pudiera impedir que se le saliera ese grito contenido que la llagaba por dentro: la Magdalena acostada en la orilla más honda, llenándose de su grito que no acabaría nunca.

Su cara era redonda. Los ojos pequeños y secos como pepita de jocote chupada y escupida en el camino. La nariz carnosa y ancha como el chilacayote en dulce. El cuerpo había sido pesado, pero ahora enflaquecía con la misma rapidez con que bajaba por aquel atajo,



de un lado a otro, con una carga que de inaguantable ya ni se sentía. Sobre el huipil rojo con bordados de amarillo, verde, morado y naranja, el sol, el corazón del cielo, llevaba un atado, para hacer la carga más llevadera. Apretó los ojos para mirar de lejos. Ya no había oído ninguna ráfaga. Pero percibía que los animales del bosque huían velozmente.

Delante de ella, la Manuela. Se le aparecía, se le desaparecía. Corría de puro miedo. Detrás venía sólo la Rosenda. Nadie más. Pero sentía como si la siguiera todo el pueblo. Como si pudieran todos salir del pozo como cuando en el cine de la cabecera proyectaban la película al revés. La Magdalena acostada en la orilla. Todas las cosas eran ya sólo recuerdos despedazados. Se tocó el rostro para estar segura que estaba viva. Se le confundían los pedazos de recuerdos como la piel seca que se le caía a uno cuando se quemaba bajo el sol de la costa. Todo se mezclaba, como si lo cubriera la creciente neblina cafezusa que se colaba por todas partes. Los terrones de tierra giraban bajo sus pies. Pero no le comunicaban nada. Ya era sólo tierra seca, sin maíz. La respiración entrecortada del rápido andar, el sudor corriéndole por todo el cuerpo. Ya por dentro sólo le quedaba el miedo.

Más de prisa. Y no por la carga, sino porque ya no aguantaba respirar ese gas incandescente. El pájaro ensangrentado la dejaba sin aliento. Las sombras se extendían, perros de peluza rala con lamparones rosados de jiote al acecho. Se sentía gastada, arrugada, le pesaba la fatiga como una bolsa de ladrillos. Quería secarse el sudor, pero no podía desequilibrar los brazos con tanto peso. Comenzó a parpadear para ahuyentar las gotas que le picoteaban los ojos como zopilotes hambrientos. La Magdalena acostada. El atajo era un lugar estrecho desde donde mirar el cielo. El ríspido polvo seco se acumulaba en su boca. Estaba dentro de una aureola. El río, casi un fantasma de su pasada corriente. Más de prisa. Una lagartija verdiroja se escurrió fugazmente entre sus pies, perdiéndose tras una roca. Le hubiera gustado detenerse para contemplarla, pero ya en aquel descenso que era casi una caída vertical, era imposible. Sintió el peso de sus manos. Todo el cuerpo estaba adormecido, acogotado. No podría volverse, no quedaba nada para volver. Tendría que permanecer en el abismo escuchando sus latidos, sólo los suyos, por el resto del tiempo. Más rápido, más.

El esquelético río, casi le saltaba enfrente. La vuelta del atajo era inminente. Tenía que reequilibrar todo el peso hacia la izquierda para que la rapidez misma no la inclinara a la derecha haciéndola caer irremediamente en un vacío oscuro. Remotamente se acordó de su madre, que le había enseñado ese movimiento. Quería acordarse. Pero lo único que le saltaba a la mente en aquel momento era la Magdalena. La seguía todo el pueblo. Cuerpos elásticos rodando cues-

ta abajo como ebrios muñecos de palo, mordisqueados por los perros. Siempre estaba nublado. Hacía frío. Tal vez por el pájaro ensangrentado. Ese gas incandescente. Estaba viva, llena de arrugas. Masticaba el polvo seco, gris. Sin maíz. El recodo del camino.

Dio la vuelta, y se detuvo abruptamente. Aunque no pudo impedirse de pegar contra el niño de la Manuela. Emitió un chillido que parecía no terminar nunca, como sirena. Sus manitas se balanceaban en el aire, uniéndose y separándose, uniéndose y separándose.

La Manuela estaba parada como una estatua. Como si no estuviera viva, indiferenciada de un tronco cualquiera. Con la cabeza erguida, contemplaba un lugar incierto en medio del camino, cuesta abajo. El desfachatado sabor a polvo llenó su boca. La asfixió. La carga quemante, los perros incandescentes. Quiso tanto poder huir por el filo de la sombra de los árboles sobre la hierba seca. Pero su cara ya estaba demasiado hinchada hasta para el corazón del cielo. Los colmillos queriendo sacarle ese grito. No acabaría nunca. Habían caído en el pozo. Los zopilotes hambrientos le picotearían los ojos.

Ellos subían por el mismo camino. La hilera de cabezas, rostros pintados de negro, se iba aproximando. Las miraban. Unos tras otros, unos tras otros. Se acercaban a paso seguro, mesurados. Ella había andado mucho, sin llegar a ninguna parte. Y ya no llegaría.

Parecían tigrillos por sus movimientos y por sus manchas. Sólo les faltaban los colmillos.

Sintió un golpe en la espalda, como un codazo. El llanto de sirena la envolvió inmediatamente como una aureola. Otra vez la aureola, pero el calor del llanto no la protegía. Era Rosenda, que pegó contra su espalda como ella antes contra la de la Manuela. Ya estaban las tres, juntas. Sin poder iniciar la retirada. Recordó el pueblo. Todo un volcán de escombros. Ella había sido, una vez. Había sido. Todo era ya pasado. Los tigrillos se acercaban, unos tras otros. Ya estaban frente a ellas.

Instintivamente se pegó contra un árbol. Manuela y Rosenda hicieron lo mismo. Si pudiera disolverse en el follaje, evaporarse como el agua perdida del riachuelo, apagar las brasas que las quemaban por dentro, insaciables.

Dieron unos pasos más hacia ellas, y escucharon sollozos. Las tres contenían el deseo de gritar en un silencio incomensurable que ultrajaba la industriosa naturalidad de los guardabarrancas. Se miraron entre ellas y miraron otra vez la fila de soldados.

Efectivamente. No lo había percatado antes. En medio de la fila caminaban también tres mujeres. Percibió primero los ojos brillantes y las bocas grandes. Sintió frío y todo quedó en sombras. No podía ser. No podía ser. Sintió como si una jarra de agua hirviendo le explotara en los oídos, en los ojos. De golpe cayeron pedazos de recuerdos, fragmentos coloreados que se perdían en la recién ganada aridez de la tierra seca. Se sintió sucia, atravesada por el llanto de los niños. Apenas si pudo tomar aire, como anticipando una acometida más

violenta. Muda. Sólo los niños protestaban. Efectivamente, la fila de soldados continuaba acercándose. Ya estaba casi enfrente. Ya estaba enfrente. No quería ver.

Pero no pudo no ver, y vio. Las tres mujeres venían con las manos atadas detrás. Dos soldados a cada lado, las asían fuertemente de los brazos. Casi las empujaban, las jalaban, las arrastraban. Sus pies dibujaban raras formas en el polvo, jeroglíficos de monolito maya, dejaban largas líneas que de trecho en trecho se ramificaban en apariciones monstruosas que picoteaban los ojos. Y después la niebla.

Formaban casi un círculo en torno a ellas. Por eso no las había distinguido antes. Todo se movía, daba vueltas. Las cosas comenzaban a desproporcionarse. Crecían desmesuradamente. Entonces quiso reír estrepitosamente de haber sentido el silencio de la Magdalena acostada en la orilla más onda de la salida del pueblo.

Porque a la mujer de en medio la había visto antes. Trató de hacer como si no recordara su rostro, porque los soldados la observaban, la observaban. No recordaba su rostro. La veía ahora por primera vez, aunque quizás hubiera podido haberla visto en alguna parte, en algún mercado. Antes todo era posible. Antes.

Porque sí recordaba su cara y no era la primera vez que la veía. La mujer de en medio, esa extraña rodeada de soldados y con las manos atadas por la espalda, era su madre.

La larga fila continuó avanzando, cuesta arriba, hasta desaparecer en la vuelta del camino. Feliciano miró hacia el lugar donde había desaparecido, pero sólo percibió el ceniciento gris tétrico de los arbustos.